

Tomó 8

REPERTÓRIO AMERICANO

Núm. 15

SAN JOSÉ, COSTA RICA 1924 LUNES 30 DE JUNIO

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

El Día del Maestro en México

Discurso del Lic. Vasconcelos,
Secretario de Educación Pública

*¿Hasta cuando llegará el día
en que se aprecie más al hom-
bre que enseña que al hombre
que mata?*

M. OCAMPO

ME toca la fortuna de dirigirme una vez más a los maestros de toda la República, en este día que la ley ha querido dedicarles, como un homenaje de reconocimiento y también, se me figura, como una anticipación de la época aún lejana, en que la labor del maestro será, ya no digo premiada, pero siquiera debidamente recompensada. Llevo algunos años de ser, por ley, el jefe de los maestros. En realidad, nunca he podido sentirme jefe de veras, porque debe mandar quien está más alto moralmente, y yo no puedo comparar mi empeño, aunque ha sido grande, con el mérito indiscutible de la labor obscura y constante de quienes saben que no tendrán otro recompensa que la de sus propios corazones llenos de bien. Consciente de esta situación que me produce confusión y ternura, he tenido que imponerme un antifaz de sequedad e indiferencia para poder seguir adelante. Sequedad o indiferencia agravados por el intento de no prodigar frases de halago o de afecto, a causa de una especie de pudor, de aparecer como un farfante que pronuncia palabras delante de casos que reclaman justicia, pronto y eficaz remedio. De esta suerte, mi propia impotencia me volvía mudo, pues me decía que no era honrado ofrecer migajas para ufanarse en seguida de magnánimo.

Una disculpa y una esperanza

Tales encontradas emociones y cierta febril inquietud de mi espíritu, pueden haberme llevado a cometer rudezas que deploro, franquezas que a veces lastiman, descortesías y hasta

violencias; pero jamás uno solo de estos arrebatos estuvo inspirado por el desdén, no hubo desdén, como no ha habido tampoco en mi ánimo piedad. Hubo amor, mal expresado si se quiere. Amor que deseaba expandirse y ánimo de justicia y anhelo de que cada quien se levante movido del propio esfuerzo. El miedo de pasar como uno de tantos impostores de la política, me hizo reservado; pero ahora que ya ninguno podrá creer que trato de halagar a los maestros para que me sean adictos, hoy que ya no se me puede tachar de servil—porque también hay el servilismo del jefe para sus subordinados, del líder para con las masas;—ahora que ya nadie puede sospechar intenciones ruines, me complazco en declararles algo que hace tiempo me rebosa del pecho y que sería avaricia seguir conteniendo: la enorme gratitud que les debo por su colaboración y por su ejemplo, y también por haberme infundido la confianza de que la Patria podrá salvarse merced a las virtudes que ustedes practican.

Jefe de la enseñanza por azar

Yo vine a este puesto de Jefe de la Educación Nacional por uno de esos azares de nuestra política. Como todo el que ha corrido mundo, traía en el corazón cenizas y en la cabeza algunos planes. La larga ausencia me había dejado sin compromisos ni alianzas. Y salvo uno que otro afecto antiguo, me hallé como si volviera a nacer en un medio conocido de antaño. Al mismo tiempo, mi antigua vida me había hecho inepto para encenderme en las llamas del afecto personal, lo que me hizo poner mi ardimiento entero en la empresa colectiva que hemos ido ensayando de educar a un pueblo. De esta suerte, la común tarea nos ha ido atando con esos lazos de paren-

tesco del espíritu, más fuertes que la sangre y cadena fatal de los que abrazan apasionadamente un propósito superior al momento. Así he llegado a crear familia nueva entre ustedes; a tal punto, que mis afectos de hoy están casi totalmente entre los empleados, los colaboradores, los maestros de la Secretaría de Educación Pública y los maestros todos de la República, y tal es la sinceridad de esta nueva pasión, que el grado de mi afecto ha llegado a medirse, en cada caso, por el empeño que veo poner en la labor común. Quiero al que trabaja y no puedo ver al que estorba. No sé si esto es perder el corazón, que ya no se adhiere a la persona, o si es más bien agrandarlo, porque se apega solamente a la inmensidad del ideal.

Se enriquece y engrandece la conciencia

Como quiera que sea, yo siento que mi propia conciencia se ha enriquecido y se ha agrandado. El país entero ha penetrado en ella bajo el aspecto nuevo de los anhelos que tantas veces he sorprendido en la mirada de los maestros de escuela. Los recuerdos acuden en esta ocasión centuplicados. Parece que fué ayer mi paso por Valladolid, en Yucatán; se me figura la página de una vida distinta. Las maestras nos recibieron asomadas a las ventanas de la escuela. Sus rostros eran luminosos. El patio tenía anchas arcadas oscuras de humedad. La promesa de unos cuantos libros y un piano hizo estallar la alegría; teníamos que irnos y no deseábamos partir.

Llegamos después a Campeche, la ciudad desolada. Las maestras, sin embargo, se mostraron alegres y los estudiantes del Instituto hicieron gala de buena oratoria y de trato cordial. Muy bellas las mujeres y muy despejados los hombres. ¡Cómo dolía ver las casas desiertas por la pobreza que causan emigraciones periódicas, no obstante que la selva fecunda del trópico invade la misma piedra que el hombre ya no sabe guardar!

A Mérida la dejamos ebria de su locura optimista.

Los maestros, a falta de sueldo oportuno, recibían buen trato y pasajes de excursión que se cargaban a la